VOY Á VERLA

CANTO DE AMOR

POR

JOSÉ PUIG Y ROIG

MONTEVIDEO

IMP. "EL SIGLO ILUSTRADO", DE TURENNE, VARZI Y C.ª
23 — Calle 18 de Julio — 23
1901

VOY Á VERLA

CANTO DE AMOR

POR

JOSÉ PUIG Y ROIG

MONTEVIDEO

IMP. "EL SIGLO ILUSTRADO", DE TURENNE, VARZI Y C.ª

23 — Calle 18 de Julio — 23

1901

DOS PALABRAS

Pues mi regalo, (no contando el realito que habrá que pagar por ella, no es cara) de año nuevo y esta vez también de nuevo siglo, al público, no es otro, que el de una sencilla y cándida amorosa, tan cándida y sencilla como modesto es su autor.

Como cosa de novedades de primero de año, he creído que sería lo más á propósito para general regocijo, que si una poca de aroma encierra esta mi humilde flor del alma, de ella podrán participar todos, hombres y mujeres, lo que no sucedería si la producción fuese, como otras veces la he ofrecido, de carácter puramente doctrinario, porque en las cuestiones de ideas y creencias, propiamente dichas, surge forzosamente la controversia, que hace por contrarios y adherentes aborrecer y recibir con beneplácito la dádiva, y en materia de amor, con más ó menos intensidad de fibra cariñosa, todos, así lo creo, marchamos acordes, al unísono, al son de una música, ya lánguida, ya arrebatadora, pero siempre de plácido entretenimiento y de verdad impregnada.

Oh! sí. Dejando á un lado los naturales amargores que las dulzuras del amor traen aparejados, ¿quién, por muy incapaz de ternuras que haya sido, no habrá en su pasado caído rendido alguna vez á los pies del objeto de su pensamiento? y si joven del día, por muy despreocupado é indiferente que dirija sus pasos por la tierra, ¿no desearía, en momentos de melancólico recogimiento, rendir parias al Dios Cupido y confortar su espíritu con la tenue caricia del mutuo afecto, desprendida del cielo del sentimiento como gota cristalina de rocío que desciende de lo alto para dar vida á la flor triste y hacer que abra esplendorosamente su capullo? Y en este caso, aún con todas las imperfecciones de la obra, habréis, con ingenuidad lo digo, de encontrar placer en recordar por medio de esta lectura, unos las muertas ilusiones de ayer, otros las bellas esperanzas del mañana!

Y para que hubiera habido alguien, de algún valer literario, que se hubiese querido ocupar de mi trabajo, habría sido menester que mi canto fuese una verdadera obra de arte.

Así es que, mi poesía prólogo no lleva.

EL AUTOR.

CANTO DE AMOR

I

Voy á verla. Diréla... ¡cuántas cosas!
Cuántas, cuántas! Diréla "que las rosas
Más puras y sencillas
Del jardín perfumado
Nada valen al lado
De sus rojas mejillas,
Dos rosas por las cuales cualquier hombre
Su corazón la diera con su nombre;
Diréla que lo que amo de una bella,
Que deja mejor huella,
Es la bondad del alma, antes que todo,
Aunque, de cualquier modo,
Tampoco no desdeño
Los ojos grandes con el pie pequeño,
Ni, vamos, otras gracias especiales
Que hacen la dicha, al fin, de los mortales;
Diréla que por su alma mi alma opresa,
La libertad me niega, que he perdido,
Como no suelta el pescador la presa,
Una vez que en las redes ha caído;
Que por las trenzas de oro
De su hermoso cabello
Muero de amor, que de oro es un tesoro
De la hermosa el cabello, en ondas, bello,
Y que ya sólo espero, resignado,

Con la mente serena,
Ser su fiel prisionero, y, maniatado,
Me apriete de sus brazos la cadena;
  Que si quiere saber como señora
Y dueña es de mis pasos ¡ya lo creo!
Que se asome al balcón, á cualquier hora,
Y me verá en la calle... de paseo;
  Que ausentóse de mi alma la alegría
Y voy poco á la quinta, y nunca al teatro,
Desde que pienso en ella, noche y día,
Desde qué, noche y día, la idolatro;
  Que he perdido por ella los amigos
Y he perdido de muchos las mercedes,
Pues busco de mis penas por testigos
Tan sólo de la estancia las paredes;
  Que aquel día que, amable y cariñosa,
Dió el saludo á otro joven, sin recelos,
Alzóse ante mis ojos, silenciosa,
Densa nube de celos;
  Que si visto á la moda y busco el medio
De á mi persona el mayor brillo darle,
Es por ella que lo hago, sin remedio,
Es por ella, porque quiero agradarle;
  ¿Lo ves? Esa corbata que destella
Haces de luz, diréla, de colores,
La uso sólo por ti, por ver si en ella
Clavas de tus pupilas los fulgores;
  Diréla, todos van á las carreras
O á los toros, buscando, á todo evento,
Solaz entre mil cosas placenteras
¡Y yo estando á tu lado, estoy contento!
  Diréla que por ella nunca habría
Nada, no, que pudiera molestarme,
Y que, seguro, si ordenaba, iría
Hasta París, descalzo, sin quejarme;
  Diréla que no sabe ni sospecha
Ella que soy un hombre
Que ¡tanto gozo en pronunciar su nombre,
De alba impregnado y armoniosa endecha

No miro si eres rica ó si eres pobre,
Diréla, busco el corazón que abrasa
De amor tan sólo, aunque no tenga un cobre,
O deslumbrante, esplendorosa casa".
Y ¿acaso es menester oro á montones
Del hogar en el seno, en primer fila,
Para reinar, de amor en las canciones,
Una vida de paz, dulce y tranquila?
¡Cuántas veces ha sido la riqueza,
Que ha mojado de llanto la pupila,
La fuente de pesares y tristeza!
"Pobre soy yo, diréla, mas con fuerza
Sobre el yunque los golpes, repetidos,
Sin que jamás la voluntad se tuerza,
Responderé, gustoso, á tus pedidos;
Diréla que del mundo en los confines
Nadie, cual yo, la ofrecerá, casada,
Un amor, como amor de serafines
Que moran en la bóveda estrellada;
Diréla, pues Dios mismo ante el modelo
De un dulce amor como el que tú me inspiras,
Aplacaría desde el alto cielo
Contra el gran pecador todas las iras;

Si los padres pretenden esa llama
Extinguir del amor, nuestra ventura,
Diréla... que se puede, con locura,
Desoir sus consejos cuando se ama,
Diréla que, demente, arrebatado,
La robaré una noche de su lado!"
¡Ah! nunca la perversa
Intención del hombre, en saña alguna,
Atente contra excelsa maravilla,
Bañada en los reflejos de la luna,
De la fugaz pareja que conversa
Del arroyuelo en la bordada orilla,
No intente el insensato
Al amor poner freno en su arrebato!
¡Antes que el novio rompa el fuerte nudo,

El duro lazo que á la novia le ata,
Se arrojará, valiente, de ira mudo,
Del Niágara en la hirviente catarata!
¡Quién sabe qué diréla en mi cariño
Por ella, tan profundo y esplendente!
" Cuando yo aún era un niño,
El tierno adolescente,
Yendo el manso ganado
De la quieta cabaña
A apacentar al prado
De la baja llanura
O de la alta montaña,
Cuya morada asombra
De paz y de ventura,
Holgando en la ancha sombra
De enhiesto roble ó dilatada encina,
Las sencillas pastoras
En ondas de ternura
Célica, con su voz pura, divina,
Hacían resbalar gratas las horas
En redor de la fuente cristalina,
Mas nunca, cual de ti, con embeleso
De ellas deseara un beso,
Ni se lo pediría,
De amor al soplo, en vaga melodía,
Diréla con dolor, casi temblando,
Ay! temeroso de irla incomodando.
Oh! permite, diréla, en mi alma pura
Que mis labios un ¡te amo! con dulzura
Pronuncien y una frase lisonjera
¡Qué lindo talle de gentil palmera!
¡Cuán puros labios rojos!
¡Confundido se mira en suave anhelo
Con la luz de tus ojos
El claro azul del cielo!
De tu pecho y tu cuello alabastrinos
Brotarán las canciones más sonoras
Y dulces que los trinos
De las aves canoras

De la fronda, que alegran el espacio!"
Y añadiré con frase cincelada,
Tomándola la mano, muy despacio:
"¡Qué bello es el amor, oh dulce amada!
¿Habrá aún algo que ofrezca sus encantos?
¡A no ser, que en la aurora, en la enramada
Los pájaros entonen breves cantos!
¿No es verdad que si sufro, á mi quebranto
Tu corazón pondrá segura valla?
¡Y si secreta pena te avasalla,
Me dirás el motivo de tu llanto!
Pero nunca reñir. ¿Las afecciones
Se extinguirán del corazón, ajado?
Oh! no, que mantendremos del pasado,
Latentes, las primeras ilusiones.
La posesión del bien más anhelado,
Se ha dicho, amengua de ese bien el goce,
Lo mismo que por sólo estar privado
De un algo, sus virtudes se conoce;
Pero en la unión serena y transparente
Nada podrá de la flaqueza el lodo:
Celo, desdén, olvido, fraude, todo
A nuestro paso doblará la frente.
Ah! no temas que el tiempo, autor fecundo
De la inconstancia y el fatal desvío,
En el drama inhumano de este mundo
Alcance en su obra hasta en el pecho mío."

II

Me parece imposible
Que ese placer del alma apasionada
Cada cual no lo sienta ¡el apacible
Despertar de la vida, alborozada!
Si veo un comerciante
U otro cualquiera á la materia atado,
Incapaz de las ansias del amante,
Quédome horrorizado,
Anonadado, yo, que, impresionable,

Cual débil niño ante el juguete, instable,
El canto de la alondra,
Solamente, me absorbe y atolondra,
Y bástame de púdica violeta
Modesto brote, en toda su frescura,
Para embriagarme en plácida, secreta
Sensación misteriosa, de dulzura!
Y ¿qué más puede ambicionar un sano
Corazón, que la fina, blanca mano
De la mujer que adora, á cuyo suave
Crujir de seda, tenue y vaporoso
Como el ala de un ave,
Caminando con paso cauteloso
Al lugar de la cita, convenido,
El doncel enmudece, estremecido?
Creo el mundo en el caos, sin latidos
Del corazón, en gestación perenne:
La estación de las flores y los nidos
Es obra del amor, grave, solemne.
Es amor, entre halagos y primores,
Que mil colores y mil formas toma,
Doquier hay vida, movimiento, albores,
Amor ofrece su exquisita aroma.
¿Do crece el fruto del favor y suerte
Como el fruto de amor, fruto sabroso
En medio de lo amargo y lo enojoso,
Que da la vida en medio de la muerte?
Sin el amor, el hombre en este valle
De lágrimas y duelos
No gozaría, hasta el menor detalle,
Del cariño de padres y de abuelos.
Todo ser, abnegado y generoso,
Siente anhelos con ansias tan extrañas,
Que así como por valles y montañas
Busca el agua, sin tregua ni reposo,
Al río caudaloso
Que ha de llevarla al mar en su carrera,
Así, de igual manera
Busca el alma en su marcha entre el follaje

Y broza del camino, el paso abierto
Que arrójela, en el término del viaje,
Del mar de la familia al gran concierto
En que vibra con arte soberano
Nota suave, ó tonante, á toda orquesta,
En la dulce palabra del anciano
O de la prole en la ruidosa fiesta.
No, no lo creo que sean las mujeres,
Como el vulgo asegura, todas malas,
Y en revueltos, insanos procederes,
Vanos sus esplendores y sus galas.
Es cierto que, veleta y tornadiza,
Rompe de amor los votos ó quebranta
La mujer, pero aún mientras se desliza
Y hunde en el cieno, al réprobo levanta!
Oh! dichoso el que puede ¡dulces lazos
Recorrer de la vida ancho sendero
De una mujer en brazos,
Bajo el impulso del amor primero!
¡Qué hermoso, oh, hermoso, reclinar la frente
Sobre un pecho que late fuertemente!
¡Cuán dulce es la caricia
De la mujer amada! ¡Qué delicia!
¡Cuán vivas emociones
Que se irán lentamente concentrando
Entre dos corazones
Que van días de gloria proyectando!
Yo no pensaba, cándido, inocente,
Tan hondo amar, más fuerte cada día:
Quise tan sólo hablarla, y, prontamente,
Robóme el corazón y el alma mía!
¡Qué noche! ¡Oh, hermosa noche de ilusiones
Aquella en que la vi, por vez primera,
Con vestido de hadas, los salones
Cruzando en la tertulia placentera,
Del brazo del galán, que acompañaba,
Como reina que triunfa, majestuosa,
Brotando, por doquiera que pisaba,
Cada uno de sus pasos una rosa!

Bella la vi, sintiendo transformada
Toda mi alma en extraño, ardiente anhelo:
Sentí alzarse en el pecho, inmaculada,
Con dulce afán, la imagen del consuelo.
En un instante, con profunda nota,
Surgió mi amor, sus gracias contemplando,
Como la chispa rápida que brota
Del pedernal y el eslabón chocando...
Oh! do quiera, impalpable, transparente,
Te soñaba en mi loca fantasía,
Entre besos de luz, de la corriente
En la onda rumorosa te sentía,
Y en la corola vívida, fragante,
Que entreabre la flor pura del estío,
En el ósculo de aura susurrante
Y en la límpida perla del rocío.
Blanca nube que surca el refulgente,
Nítido espacio azul de la alta esfera,
Me parecía que era de tu frente
El vaporoso tul que la cubriera.
Oh! ven, ven, sin sonrojos,
Ven á mis brazos en revuelto giro,
Oye, mi corazón, hondo suspiro
Que arranca al pecho el fuego de tus ojos.
Ven término á poner á mis desvelos:
Yo le alzaré á tu imagen candorosa
Rico dosel, de gasa de los cielos
Con alfombra de pétalos de rosa!

III

El amor presta al alma vida, aliento:
El obrero que vive enamorado
Trabaja en alas de ese sentimiento,
Sin que jamás se sienta fatigado;
Y el labrador que la semilla suelta
Vierte en lecho de tierra removida,
Lo hace cantando porque á cada vuelta
Se acuerda de su dulce prometida;

Y las notas triunfales,
Envueltas en relámpagos de gloria
Del grande hombre de estudio en la jornada,
Que en la estrofa de cantos inmortales
Formarán el gran libro de la historia,
Son alientos de amor de la adorada,
Por ella es que, cavando con conciencia,
El pensador trabaja por la ciencia;
De una lámpara, llama persistente
Por ella se divisa, allá, lejana,
La lámpara del sabio que en su mente
Irradia el triunfo de la especie humana.
¡El amor! con dulcísimo lamento
Le presta al orbe todo poderío:
Dióle aroma á la flor, quejas al viento,
Trinos al ave y el murmullo al río.
¡Oh, dulce amor que llevarás la calma
Al mar de una existencia combatida,
Por ti brotaron del jardín del alma
Las olorosas flores de la vida!
¡Por ti el triunfo aparece en lontananza,
Esquivando el escollo, en desconcierto
El corazón, perdida la esperanza
Por alcanzar el suspirado puerto
De dulce paz, por siempre más distante,
Más lejos cada vez ¡ay! más lejano
Según vamos marchando hacia adelante,
Mostrándose al alcance de la mano!
Es el amor la tabla que se toca
De salvación segura y el que brilla
Faro, que guía en la empinada roca
Al náufrago del mundo, hasta la orilla,
Búrlanse del amor por sólo olvido
De lo que es grande y de lo que es sagrado:
Desde que el mundo es mundo, ha siempre sido
El amor que en la tierra ha perdurado.
Por él ¡oh muertos! Fausto y Margarita
Con Julieta y Romeo, en su ternura,
Bebieron del placer copa infinita,

El cáliz apurando de amargura;
Por él bravos campeones, denodados,
De una dama á las plantas se rindieron,
Y lo mismo cayeron
Reyes y emperadores destronados!
Todo ríndese á amor, todo vacila,
Tiembla, pierde la calma
Bajo el foco de luz de una pupila
Que amor enciende, y atraviesa el alma.
Amando todo cobra nueva albura,
Bulle, palpita, yérguese triunfante
Y se muestra cubierto de hermosura:
Se ve el cielo sin nubes, fulgurante,
Más bello el sol, más bella y florecida
La alba flor del jardín, y más brillante
Del terso mar la lámina bruñida!

IV

"Y en cuanto al mundo que sufrió desvelo
Por observar al hombre en su destino,
Dejémosle olvidado con su celo.
Siguiendo, sin cesar, nuestro camino,
Dejémosle, sin pena ni resabios,
Con la lengua en los labios.
El mundo vive en murmurar profundo...
¿Qué nos importa el mundo,
Si dichosos vivir podemos, mi alma,
En dulce nido del hogar en calma,
Sin envidia ni orgullo,
Ni cruel dolor que á otro dolor sucede,
Y, por más suerte, puede
Del cántico de un ángel al arrullo?
Vamos al bosque ¡oh amada! dulce amiga,
Allí, de las miradas á cubierto,
Del mundo y de su negra, fiera intriga,
Hablará al alma el corazón abierto...
Ven á mis brazos, bella, que te juro
Será un cuadro de dicha el más hermoso,

La diré, no pudiendo de amor puro
Detener el impulso generoso."

V

Todo esto la diré, la cosa es clara,
¡Si lo siento, cual todo enamorado! ..
Mas si el hado implacable me depara
De la sospecha el dardo, inesperado,
Y hace que entre esperanzas y clamores
La idealidad de un porvenir risueño
Truéquese, al fin, con todos sus rigores,
En la profunda vaguedad de un sueño,
"Hoy que del pecho trova lisonjera,
Diréla, brota rauda, en casto sino,
¿Por qué de esta manera
A atravesarse vino
Una alma ingrata, triste, en mi camino?
¿Por qué ¡oh infausta suerte! haber llegado
A encontrarla ¡y perderla á un tiempo mismo!
La dicha por la cual he caminado
Hasta tocar el borde del abismo?"
Y si aún sigue impertérrita y esquiva,
Impávida en el ruego
A medida que ve que me cautiva,
Diréla, herido dentro el alma, luego,
Con porvenir oscuro, adolorido,
Acibarado el pecho, resistiendo,
Como el que espera un algo prometido,
Hasta alcanzarlo, lágrimas vertiendo,
"¡Qué corazón de piedra, duro, frío,
Duro, frío y de hielo!
¡Qué alma de mármol, y soñar, Dios mío,
En un ángel del cielo!
Creyéndola acertada y oportuna,
Toda vez que creía que no esconde
Tu pecho falta alguna,
Y la belleza en corazón y el alma,
De la mujer la palma, ...

Dignamente responde,
Del trato en la fineza,
De tu cuerpo hechicero á la belleza,
Yo venía, de hinojos mi alma toda,
A hablarte del gran día de la boda,
De esa jornada hermosa, en dulce calma,
En que se unen dos almas en una alma,
De esa jornada que, siendo amor puro
Que á ambos seres atrae al santo asilo,
Será promesa de un feliz futuro
Del nuevo hogar que fórmase tranquilo,
El hogar en que á salvo de quimeras
Que el pecho abaten, con amor profundo
Compartirán dos almas compañeras
Las penas y alegrías de este mundo!
Pero si no me quieres, é ilusoria
Mi suerte ha sido, en mi candor, sincero,
Me retiro: un sollozo lastimero,
Del corazón, de dolorosa historia.
Grabarás solamente en la memoria...
Seas feliz. Obstáculo no quiero
Ser á tu dicha, oh, no, muero primero...
Si á otro amas... lícito, para él la gloria!
Oye, y si un día en pleno paroxismo
De alto infortunio, el llanto torrentoso
Del desencanto baña tus mejillas,
Mientras que el monstruo ríe, jubiloso,
Ven á mí, ya lo sabes, seré el mismo,
Siempre á tus pies, el mismo, de rodillas".

. . . .

Y cruzará la idea por la mente:
"Otros podrán, del canto á los halagos,
Tu pecho aprisionar más gratamente,
Pero, de pronto, sorbas el veneno,
Que así como en el cielo, antes sereno,
Con honda calma y nubarrones vagos
Rompe la tempestad, de los estragos
De una alma innoble, negra y arrastrada
Presa es la niña, á veces, desgraciada,

Mi dulce, tierno bien. Pérfido el hombre,
Sin detenerse ante el peor amaño,
Nada le importa ¡oh ingrato! que su nombre
Ruede en el fango y se hunda en el engaño ..."
¡Y, por colmo de infamia, á los infieles
El mundo les otorga sus laureles!
¡Ah, Señor! Y en el vicio resbalando,
Al hospital, enferma, irse acercando!
¡Morir abandonada, como quiera!
¡Pobre, morir en lúgubre retiro,
En fría almohada, sin tener siquiera
Una alma amiga, en quien alzar pudiera
Los ojos, muda, en su postrer suspiro,
Que apágase y se pierde en lo insondable
Del pensamiento, triste, recordando!...
Solamente al pensar en lo probable
De la caída, ingenua, esperanzando!...
¡Hela ya aquí, á favor del que le plugo,
A merced del primero que la ofrece
Una moneda, el mísero mendrugo,
A costa... de la carne, que escarnece!
Hela ya aquí la saña del malvado
Que bajo el yugo de falaz promesa
Arrastra á la mujer hacia el pecado...
¡Qué valentía, sin igual, que es esa!
La que tiene el coraje suficiente
Para afrontar del hombre crudo olvido,
Permanece en la cumbre, y tristemente,
Desciende al fango si no lo ha tenido.
¡Pobre ser, sin razón ni sentimiento,
Que ha caído del vicio en la hondanada,
Es juguete del mundo, cual del viento
La hoja seca del árbol arrancada!
Mujer que en vil mercado los placeres
Expende, ¿algo valdrá? ¡De ningún modo!
La sociedad rechaza á esas mujeres
¡Y ella lanzólas, sin conciencia, al lodo!
¡Por una leve falta cometida
En un instante de fatal estrella,

Que no llore ella el resto de la vida
De su vida la página más bella!

VI

Pero si, enamorada,
Cual yo, también, por rápido momento
Reflejado se viera en su mirada
Un destello, apagado, de contento,
O en el dulce quebranto, con tristura,
Entre suaves y débiles enojos,
Una gota de llanto de ternura
Asomara á sus ojos,
Que la pasión, mal comprimida, abona,
Sin romper cual torrente despeñado,
Y dijera que sí, que en mi persona
Solamente ¡oh fortuna! se ha fijado...
¡Oh! página brillante de mi historia
Si llorase por mí! ¡Qué dulce llanto,
Dulce llanto de gloria,
De la mujer, del corazón encanto!
¡Qué hermosa ¡oh, hermosa! es la mujer que llora
Por el hombre que adora!
Si así fuera, y lo espero ese momento,
Ese supremo instante
Que llegará para mi pecho amante,
Seguiría, con todo el pensamiento,
Diciéndola, á sus pies, á mi querida
Del alma, que su dádiva reclama:
"¿Quién no siente el amor, que el pecho inflama,
Una vez en la vida?
¡Sin amor en la tierra! ¡Qué amargores!
¿Qué fuera, dulce amiga, sin amores
La vida de los seres en la tierra?
Una escarpada sierra
De zarzas y de abrojos coronada,
De barrancas, volcanes y de ruinas;
Una rosa tan sólo con espinas,
Marchita, sin aroma, deshojada;

Prados sin nidos ni cerezas rojas,
Que el niño roba y con afán los nombra;
Arboles ¡ay! sin frutos y sin hojas,
Que ofrecen al viajero grata sombra;
Un bosque de palmeras sin la queja
Del viento entre las hojas, rumoroso;
Sería un mar de abismos, espantoso,
Sin ondas en que el cielo se refleja;
Sería el mudo valle, la alta cumbre
Desierta, del invierno á los rigores,
Sin ecos de zagalas y pastores
Del alba al despuntar la clara lumbre;
El bramador torrente, desbordado,
Sería, que al rodar desde la altura
De arena y lodo cubre el verde prado,
Verjel encantador de la llanura;
Sería un terremoto, de anchas grietas
Abiertas al mortal, para tragarlo,
Sin voces misteriosas y secretas
Del amigo que corre á consolarlo;
Un trueno, un rayo, la centella hiriente,
En campo raso el hombre, frío, yerto;
Un sol que quema y el simoun ardiente
Que le ahoga al caminante en el desierto;
Sería el turbio lago, una laguna
De salvar imposible, á pie, ni á nado,
Sin ilusiones ni esperanza alguna
Que poder encontrar del otro lado;
Una noche sin fin, una quimera;
Decepción; fuera engaño, una mentira;
La duda que del hombre se apodera,
Que no sabe explicar mi pobre lira;
Esas notas, ya dulces, ora graves,
Henchidas de grandeza y armonía,
Que se escapan del pecho de las aves,
En los jardines saludando al día,
¿Se oyeran sin amor? No, vida mía!
Ni del manso arroyuelo, cristalino,
Que entre la hierba corre, deleitando

Y esparciendo la vida en el camino,
Se escuchara el rumor, ni el eco, blando,
Crepuscular. La blanca luna, bella,
Que besa nuestras frentes, cariñosa,
Y alumbra nuestra plácida querella,
Un cadáver sería, bajo losa,
Que si vive es por eso, porque amada,
En pos corre del sol, enamorada.
La vida, hermosa, revistió colores
Bellos y el alma cubrirá de flores
En dulce hogar, tranquilo y reposado,
Cual el tiempo florido, regalado,
De aromas llena el verde campo, y viste,
Por el amor que existe!"

José Puig y Roig.

Montevideo, 1900.